

después que quiso la Reina matarle, ha sabido donde. Solamente su inocencia el pueblo publica á voces. La de Dios habla por ellos.

REY. Yo quiero poner, Ramiro, mi vida y mi diligencia, y buscar al Conde.

CONDE. *Aguarda,* oye una traza y ¡qué buena para que logres tu intento! La Reina sólo desea que parezca el Conde, á fin de que el vulgo, que condena siempre por sus presunciones, sin que la verdad entienda, viendo que está vivo el Conde se satisfaga, y la ofensa que ha padecido su honor por tan indignas sospechas de su majestad real, cuyo nombre en las estrellas tiene asiento, se castigue conociendo el autor della. El Conde y yo, gran señor, desde nuestra edad primera nos criamos siempre juntos, porque su vasallo era mi padre. Díonos el cielo tal conformidad, que apenas en nuestros rostros se vieron conocidas diferencias. Mil veces por él me hablaron. Finja ahora vuestra alteza con la Reina que soy yo el Conde, que ya me entrega en su prisión, vuelva á hablarla, que en viéndome, será fuerza que me tenga á mí por él, y que en este engaño tenga la satisfacción que busca. Vos podréis desta manera decir que ya habéis cumplido con lo que pide, y que sea vuestra esposa.

REY. ¡Aguda traza! ¿Y si acaso no conciertan tus razones con las suyas, de la suerte que pudieran las mismas del Conde?

CONDE. Yo tuve curiosa advertencia de saber todo el suceso, y aseguro que la Reina no advierta el engaño.

REY. Y dime: luego que Violante sepa que he sido yo quien la engaña, de que tendrá justa queja, ¿no me ha de culpar á mí, cosa indigna en la grandeza de la majestad real, que siempre verdad profesas?

CONDE. Después de una vez casado, ni la ofende vuestra alteza, ni se ofende á sí. Demás que en tan amorosas guerras

los ardidés se permiten cuando no valen las fuerzas.

REY. ¡Oh, cuánto debo á tu ingenio!

CONDE. *(Ap.)* Hoy quiero dar á la Reina digno esposo, y mis lealtades quiero que conozca y vea á pesar de sus rigores.

REY. Quiero volver á su tienda. Ramiro, vamos.

CONDE. Ya os sigo.

REY. Amor me anima y te enseña. *(Vanse.)*

ESCENA XI

La REINA y XIMÉN.

REINA. ¿Qué dices, Ximén?

XIMÉN. Que espera señora, el Rey que le dés licencia de verte.

REINA. Él es todo extremos: no quisiera que te engañaras, Ximén. ¿El Rey en mi tienda?

XIMÉN. Sí.

REINA. ¿Vístele tú?

XIMÉN. Yo le ví.

REINA. ¿Y estás informado bien de que es el Rey?

XIMÉN. Sus criados lo dicen, y su persona, bien digna de su corona, asegura tus cuidados.

REINA. Entre el Rey. Poned aquí dos sillas.

(Sale la Infanta en traje de hombre muy galán y D. Sancho y D. Vela, sus criados.)

ESCENA XII

DICHOS y DOÑA BLANCA, en traje de galán. DON SANCHO y DON VELA.

D.^aBLAN. *(¡Rara belleza!)* Déme á besar vuestra alteza su mano.

REINA. Démela á mi vuestra majestad.

D.^aBLAN. No en vano á tan valiente enemigo la pido, pues que le obligo sólo con tomar su mano. A mi amistad, que recelo, y á tan peligrosa guerra no está seguro en la tierra á quien amenaza el cielo.

REINA. *(Ap.)* Gallardo mozo es el Rey, y no parece tan necio como mostró en su desprecio.) Yo debo por justa ley estimar vuestra amistad, pero no olvidar mi agravio.

D.^aBLAN. Poco amante y poco sabio ofendí vuestra deidad; si bien fué justa, señora, la causa de tal efecto.

REINA. ¿Justa, señor?

D.^aBLAN. Yo os prometo que aun la estoy temiendo ahora.

REINA. Según eso, ¿todavía os parece mal?

D.^aBLAN. Por Dios, que sois un ángel: de vos hurta sus rayos el día.

REINA. ¿Pues qué os obliga? ¿De dónde nació el no haberme querido?

D.^aBLAN. Dijéronme que había sido mi contrario cierto Conde, á quien dió vuestro favor atrevimiento en mi ofensa.

REINA. Mucho se engaña quien piensa tal baja de mi honor. Hallé en el conde de Urgel satisfacción para darme mis papeles; quise honralle, pero luego que vi en él tan bizarros pensamientos, castigué sus confianzas, y sus necias esperanzas desvanecí por los vientos.

D.^aBLAN. ¿Que era tan indigno el Conde?

REINA. Era mi vasallo, y tal, que no estuviera á mi mal hacerle Rey. Ya os responde mi verdad y su castigo: testigos hago á los cielos.

D.^aBLAN. Quiero asegurar mis celos y que os declaréis conmigo, y que tomemos acuerdo en nuestras bodas.

REINA. Si al Conde me entregáis, pues que le esconde vuestro favor...

D.^aBLAN. *(Ya me pierdo.)* ¿No será mejor, señora, que asegure mis temores, ya que de vuestros rigores se ha librado ausente ahora? Tratad de mi pensamiento: ya estoy rendido, por Dios, á vuestros ojos.

REINA. De vos, de vuestro arrepentimiento y vuestro honesto deseo no podré quedar quejosa.

D.^aBLAN. Por Dios, que sois muy hermosa, y más mientras más os veo. ¿Qué os parezco yo?

REINA. Muy bien; que aunque me quiera vengar en vos, no tienen lugar ni el desprecio ni el desdén.

D.^aBLAN. Bésoos por este favor las manos.

REINA. Vuestra he de ser.

D.^aBLAN. Mañana os volveré á ver.

(Levántanse los dos.)

REINA. Y yo os espero, señor.

D.^aBLAN. El cielo os guarde.

REINA. Id con Dios, que ya con el alma os sigo.

D.^aBLAN. Lo mismo es iros conmigo, Reina, que quedar con vos:

con tal igualdad podéis fiar vuestro amor de mí. En fin ¿ya me queréis?

REINA. Sí.

D.^aBLAN. ¡Qué mal, señora, escogéis!

REINA. Antes al cielo agradezco el poderos merecer.

D.^aBLAN. Por Dios, que quisiera ser eso mismo que os parezco. Vamos, Don Vela.

D. VELA. *(Ap. á Doña Blanca.)* Señora, esto que emprendéis me admira.

D.^aBLAN. Calla, que desta mentira saqué una verdad ahora. Muy presto sabrás mi intento. Sigueme.

REINA. Destos enojos ni puedo apartar los ojos, ni apartar el pensamiento. *(Vanse Doña Blanca, Don Vela y D. Sancho.)*

ESCENA XIII

La REINA, El REY y el CONDE que salen por otra parte.

REY. No puede ya vuestra alteza negar al Rey, mi señor, pues le merece su amor, el premio de su belleza. Nadie después de ser él tan digno de vuestra mano os obliga, pues es llano que ya os da al conde de Urgel. Preso os lo entrego, llegad, Conde.

CONDE. A vuestros pies estoy, y el mismo que he sido soy en nobleza y en lealtad, y siempre humilde vasallo vuestro.

REINA. No, sino enemigo. Pero ya que mi castigo, por las ofensas que callo, no puso fin á tu vida, Yo tengo mano y acero. *(Empuña la espada.)*

CONDE. Venturosa muerte espero con tan piadosa homicida, pero sepa yo la culpa porque tal castigo aguardo. Pregúntaselo á Ricardo.

REINA. Esa es mi mayor disculpa. Pero para que la acierte, preguntárselo es mejor á su envidia, á tu favor, primer causa de mi muerte. Sabe mi inocencia el cielo, tu engaño, y la vil malicia del traidor. A su justicia de tus rigores apelo. Mira, si quiere ampararme, que en trance tan peligroso, tu poder y un envidioso aún no han podido matarme.

REY. *(Aparte.)* Bien finge Ramiro. El Conde ha pensado que es, sin duda. ¡Oh! ¡Cuánto el ingenio ayuda!

- CONDE. ¡Qué bien á todo responde! Esto es verdad. Vuestra alteza verá que no la ofendí. Ricardo lo dirá así, ó aquí tiene mi cabeza.
- REINA. *(Aparte.)* Parece que ya en mi pecho halla lugar su razón. ¡Oh, primera información! ¡Qué de venganzas has hecho injustas! Ya he conocido que le importa al poderoso cuando escuchare un quejoso guardar siempre el otro oído.
- CONDE. *(Aparte al Rey.)* ¿Qué te parece, señor, no finjo bien?
- REY. Por extremo. ¿Qué diré al Rey? Porque temo *(A la Reina.)*
- REINA. que no os obliga su amor. Todo el disgusto pasado he puesto en perpetuo olvido si bien conmigo ha tenido mucho de desconfiado. A toda satisfacción me ha querido por mujer, pues hasta venirme á ver no tomó resolución de ser mi esposo.
- REY. *(Aparte.)* Por Dios, que me han conocido ya.
- CONDE. *(Aparte al Rey.)* Ya menos furiosa está. Si quiere y queréis los dos, que es lo mismo que desea, vuestra alteza hable.
- REY. *(A la Reina.)* No ha sido desconfianza; he querido que también á mí me vea vuestra alteza para dar á sus ofensas venganza, porque adonde el suyo alcanza ¿qué valor puede llegar? Mirad cuán lejos estoy de ofender vuestra hermosura: hoy que llego á tal ventura podré decir que el Rey soy. *(Cúbrese.)*
- REINA. ¿Vos sois el rey de Navarra?
- REY. Parece que os ha pesado. Yo soy.
- REINA. Pues hanme engañado.
- REY. Venganza ha sido bizarra.
- REINA. Digo que engañada he sido.

ESCENA XIV

DICHOS, la Infanta Doña Blanca y Don Vela, que se detienen al ver al Rey.

- D. VELA. ¿Dónde vuelves?
- D.ª BLAN. A buscar un hombre que he visto entrar. *(Mira.)*
- D. VELA. ¡Mi hermano! Yo me he perdido. El Rey está aquí, señora; ¿qué habemos de hacer?
- D.ª BLAN. Don Vela, no te turbes.

D. VELA. Ya recela mi temor.

D.ª BLAN. Déjame ahora. Digna reina de Aragón, á quien se debe este nombre por reina de la hermosura, escúchame, y pues me oye vuestra alteza, invicto rey de Navarra, aunque le enoje mi atrevimiento, disculpe yerros que son por amores. Doña Blanca soy, infanta y hermana suya, á quien ponen en esta ocasión desdichas, y en este traje temores. Entre unas soberbias peñas que de un elevado monte coronan verdes lentiscos y ciñen ilustres robles, hay un campo en quien el cielo dilata un espeso bosque, siempre albergue de las fieras, siempre imagen de la noche; donde á caza llegué, cuando tiernos lamentos se oyen, que enternecieron las peñas, que penetraron los montes. Matizaba el verde suelo, no el tirió carmin de Adonis, que más compasiva sangre daba en Abel tiernas voces. Hallé herido otro Medoro; si más gallardo y más noble, otra Angélica lo diga, que alguna debe este nombre. Pregúntele enternecida con lágrimas, que me oye, al cielo, si estaba muerto, y muerto el eco responde. Con el alma propia mía le di la vida, y pagóme con matarme: pero ¿á quién no pagan así los hombres? Ya sabrás, Violante hermosa, que estas son deudas del conde de Urgel, á quien castigaron, justos ó no, tus rigores. Que pudiera ser tu esposo publica quien le conoce, y quien merece ser Rey no humilla las presunciones de una infanta de Navarra. Creció mi amor, conocíole, mas no olvidó tu hermosura entre mis obligaciones. Alabóla en mi presencia con mil extremos: partióse á verte, supe quien era, que celosas ocasiones, temor de sus alabanzas, si no amor de sus valores, guardada desos criados y escondida en este nombre, me traen siguiendo sus pasos, y mientras no me conoces quise, fingiendo contigo, asegurar mis temores

- con tus verdades. Vi ahora entrar en tu tienda al Conde, á quien me dicen que buscas. Si con nuevas sinrazones vuelves á ofender su vida, en mí hay valor que lo estorbe; si quieres que sea tu esposo, y á mi hermano le antepones, más me debe á mí que á ti, y ha de ser mi esposo el Conde. Perdona, Reina, y el Rey que me escucha me perdona: perdone el rey de Castilla, que antes que mi mano tome, daré mi vida á esta espada. Del Conde soy, rico ó pobre, muerto ó vivo, libre ó preso; mi firmeza amor corone.
- CONDE. *(Al Rey.)* A tus pies, invicto Rey, pone su cabeza el Conde verdadero, no fingido, atrevido en tus favores. Derríbala de mi cuello si te enoja que me honre con honesto amor la Infanta, si no consientes que adore su deidad el alma mía. Levantá del suelo, Conde.
- REY. ¡Grande amor!
- REINA. Y gran disculpa.
- REY. Vete de aquí, no provoques á mayor rigor mi enojo, que ya que no sean traiciones á su lealtad, á los reyes los engaños de los nobles parecen género dellas.

ESCENA XV

EL REY DE NAVARRA, LA REINA DE ARAGÓN, DOÑA BLANCA, RICARDO y después Nuño.

- RICAR. Ya quiere el cielo que logre mis altivas esperanzas. Ricardo, señora, goce el bien merecido premio que le ofrecéis: del vil conde de Urgel traigo la cabeza. Si tus promesas conoces, y siendo ley tu palabra te obliga, nadie se opone á mi valor: justamente soy ya tu esposo.
- NUÑO. Tu nombre, tu palabra y mi osadía aumentaron mis valores, gran señora, y por servirte busqué al atrevido conde de Urgel. Supe que servía al rey de Navarra; dióme atrevimiento dichoso la oscuridad de la noche para llegar á su campo. Pasé por sus escuadrones con secreto hasta su tienda con diez soldados, á donde,

descuidado Don García, estaba durmiendo entonces. Prendile sin resistencia, y con recato sacóle de entre las suyas mi escuadra: si fué deslealtad, perdone: preso le traen mis soldados. Cumple tu palabra, y goce Nuño tu mano y sus dichas, pues mi nobleza conoces.

REINA. Traéle, Nuño, á mi presencia.

NUÑO. Presto estará en tus prisiones.

REINA. No niego yo mi palabra, mas no sé que medio tome, puesto que un Conde os pedí, y me traéis tantos condes. Uno ha de ser, caballeros, mi esposo, las pretensiones de tres no es posible ser todas juntas y conformes. Una ha de ser verdadera, esa admito; llegue y cobre su deuda el rey de Navarra, que él solo me entrega al Conde.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y el CONDE DE URGEL; luego, SANCHE entre dos SOLDADOS.

- CONDE. Humilde vuelvo á tus pies.
- REINA. Quien se atreve, no se enoje. Ricardo, aquí está García; tú, Nuño, bien le conoces, y yo vuestros falsos pechos.
- CONDE. Heroicos reyes, traidores no han de quedar sin castigo. Dadme licencia.
- REY. Perdone con el deste alegre día.
- RICARDO. Conde, mi yerro...
- CONDE. No tornes á ocasionar mi paciencia.
- UN SOLD. Aquí traigo preso al Conde.
- SANCHE. ¡Qué Conde ó qué calabazal! ¿En esto para en la corte el que trueca á sus engaños las quietudes de los montes?
- CONDE. ¡Sancho!
- SANCHE. Parece que sueño.
- NUÑO. *(Ap.)* Corrido estoy; engañóme mi atrevida confianza.
- REY. Todo el cielo lo dispone. conde de Urgel, vuestra estrella dichosa, vuestros valores, que á mí me inclinan á amaros, me obliguen á que ya abonen justos yerros de la Infanta: dalde la mano.
- CONDE. Coronos tu frente de laurel sacro.
- D.ª BLAN. Venturosos siglos goce vuestra alteza tal esposo.
- REINA. Y vos la vida que el Conde os debe para serviros, á quien pido que perdone

SANCHO. mis rigores engañados.
¿Y qué hay de Sancho? ¿quedóse
por entrar con tantos reyes?
Servir siempre, y siempre pobre
ya es cosa vieja en palacio.
CONDE. A mí es justo que me toque
tu premio, y yo te le ofrezco.
SANCHO. Díos te libre de traidores.

CONDE. El nacer con buena estrella,
Sancho, en todas ocasiones
es defensa en los peligros
y mérito en los favores.
Si esta comedia la tiene,
se verá en los que la oyen,
perdonando nuestras faltas
y animando mis temores.

SIEMPRE AYUDA LA VERDAD

COMEDIA FAMOSA POR EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

Representóla Juan Jerónimo Valenciano, con que entró en Sevilla.

PERSONAS

DON VASCO DE ACUÑA.	DOÑA ELENA, <i>dama.</i>
REY DON PEDRO <i>de Portugal.</i>	CONSTANZA, <i>criada.</i>
ROBERTO, <i>príncipe de Polonia.</i>	NUÑO PEREIRA.
TRISTÁN DE SILVA.	DUARTE DE ALMEIDA.
TELLO, <i>gracioso.</i>	DON PEDRO.
DOÑA BLANCA, <i>dama.</i>	MACEDO.
BEATRIZ, <i>criada.</i>	UN CRIADO ¹ .
EL CONDESTABLE.	

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

El REY DON PEDRO y VASCO.

VASCO. El de Polonia ofendido
se ha de mostrar si le amparas.
REY. ¿Pues quién de un rey se ha valido,
si en la obligación reparas,
Vasco, que no lo haya sido?
¿Y quién es tan inhumano,
aunque aborrezca á su hermano,
que le pese de su bien?
VASCO. Ya deja de serlo quien
fué con su sangre tirano.
REY. Mas puesto que á imaginar
que es tirano te acomodas,
pues debes considerar
que no son verdades todas
las que pasan por la mar.
Cuando el desengaño importe
poco se puede perder,
pero dentro de la corte
sabes tú que no hay poder
que las venturas reporte.

Aquí por sus voluntades
reparten las dignidades
oficios y provisiones,
que con locas disensiones
andan á inquirir verdades ².
No hay honor seguro aquí.
Ya viene Roberto.
VASCO. Advierte
REY. que éste se ampara de mí.
VASCO. Pues me toca obedecerte,
tomaré ejemplo de ti.

ESCENA II

DICHOS y ROBERTO, galán, de camino.

ROBERTO.
Vuestra alteza me dé los pies.
REY. Roberto,
los brazos, al valor vuestro debidos.
ROBERTO.
Dichoso yo, si en ellos hallo el puerto
que me han negado bárbaros oídos;
si en esta información, temor incierto
aquella de enemigos atrevidos,

¹ Además figuran en la comedia OCTAVIO y SOL-
DADOS.

² Este pasaje es casi ininteligible. Hartzenbusch lo alteró; pero no pudo hacerlo mucho más claro.